

LA SABIDURÍA DE LA BONDAD

Carta del año 2021



Maite Uribe Bilbao

LA SABIDURÍA DE LA BONDAD

Carta del año 2021

Maite Uribe Bilbao
Directora de la Institución Teresiana

Madrid 26 diciembre 2020

LA SABIDURÍA DE LA BONDAD	1
I. Solo Dios es bueno	3
El momento de la verdad	3
La sorpresa de la encrucijada	4
Jesús, mirándole, le amó	7
II. Discernir en tiempos de incertidumbre	9
Don y tarea	9
Lucidez y novedad del Espíritu	11
Discernir al estilo de Jesús	13
III. Los tiempos presentes reclaman bondad y mansedumbre	15
La bondad como estilo de vida	15
Con mansedumbre se hace todo lo bueno	17
Firmes y suaves, la sabiduría de la bondad activa	19

LA SABIDURÍA DE LA BONDAD

Terminamos el año 2020 con la impresión de haber vivido una profunda experiencia humana y espiritual que no podíamos ni imaginar ni intuir en los primeros meses del año.

Todo empezó de manera confusa, fue llegando progresivamente a todos los continentes y tenemos que reconocer que, desde entonces, toda la humanidad está confrontada a la fragilidad, a la incertidumbre, a la sensación de no dominar ni controlar lo que hasta ahora pensaba que dominaba y controlaba.

En estos tiempos singulares y extraños todas nuestras zonas de vida personal y social quedan afectadas. Nuevas vivencias, nuevos desafíos, nuevas exclusiones, nuevas posibilidades, nuevos miedos y nuevas esperanzas nos asaltan, nos interpelan, nos llaman con un idioma que apenas balbuceamos sin conocer todavía su significado pleno. Vivimos tiempos de pandemia, algo desconocido para las generaciones de adultos, jóvenes y niños que estaban acostumbrados a la seguridad de la evolución de la ciencia y de los sistemas sanitarios y sociales.¹

La gran familia Institución Teresiana también ha estado profundamente tocada por la dureza de esta experiencia, en las personas, en las actividades, en los proyectos. Sin embargo, acompañada por la singularidad del Espíritu de Cristo y sostenida por la fuerza de la fraternidad, acabamos este año con la certeza de saber que Aquel que comenzó la obra en cada una de las personas y en la Institución, como Obra de Dios, Él mismo la llevará hasta el final.

Con María, la primera discípula, hemos aprendido a tener un corazón más atento a la escucha de las personas y del mundo y hemos comprendido la importancia de acoger, consolar y orientar a personas y grupos; de impulsar situaciones llenas de vida y de novedad y acompañar aquellas más tocadas por la fragilidad y con cierta dificultad para mirar el futuro.

¹ *La sociedad fragilizada*, Consejo de Cultura, 2020.

La XVIII Asamblea General nos ha propuesto para el año 2021 otro nuevo reto, ser *firmes y suaves*, un desafío espiritual que esperamos nos permita seguir profundizando, viviendo y ofreciendo una vocación y un carisma que hemos recibido gratuitamente, y que gratuitamente queremos poner al servicio de un mundo que en estos momentos está más que nunca necesitado de sentido y de esperanza.

La invitación a ser *firmes y suaves*, que en palabras de Pedro Poveda se expresaba en una actitud desafiante, blandas y duras, nos ha resonado como *la sabiduría de la bondad*, la bienaventuranza de la misericordia, para vivir nuestra propia vocación-misión y lo que espera el mundo de nuestra capacidad de ser profetas y testigos de esperanza.

Salomón dirigió a Dios esta súplica cuando quería aprender a discernir y a actuar desde la sabiduría y la bondad:

Da a tu siervo, Señor, un corazón sabio para gobernar a tu pueblo y poder discernir entre lo bueno y lo malo (...) Agradó mucho al Señor esta petición de Salomón, y le dijo: Puesto que me has pedido esto, (...) te doy un corazón sabio y prudente. (1 Re, 3,9-10)

Un corazón sabio y prudente, un corazón bondadoso y compasivo está siempre atento y abierto a la escucha, es intuitivo ante el dolor y el sufrimiento, abre caminos al bien común, al servicio y a la solidaridad, despierta alegría, paciencia, confianza y serenidad. Es consustancial al amor.

De Pedro Poveda dijeron las primeras personas que le conocieron en los años de Guadix que era un “hombre bueno”, como una manera de expresar un temple humano y espiritual que él vivió y que también quiso proponer desde el año 1916 a las primeras colaboradoras.

La bondad es la síntesis de una vida espiritual en la que “*a medida que el amor de Dios prende en nosotros, vamos ganando en suavidad y blandura*”². Pablo lo subraya en la carta a los Colosenses³: la misericordia lleva consigo ternura y compasión, bondad y humildad, dulzura y paciencia, perdón y reconciliación.

² Pedro Poveda, Obras I, Creí, por esto hablé, 1916 [81].

³ Col 3,12-14.

A lo largo del año que empezamos, la sabiduría de la bondad y la bienaventuranza de la misericordia nos ayudarán a reconstruir relaciones, vínculos de confianza y espacios de sentido, y podremos siempre desde la humildad y nuestros límites personales y colectivos, poner en el centro de nuestro vivir cotidiano, ternura en los gestos, mansedumbre en la mirada, amabilidad en las palabras, compasión en los juicios.⁴

I. Solo Dios es bueno

El momento de la verdad

El joven rico que se acercó a Jesús tenía, según los evangelios⁵, una situación económica estable, una familia con un cierto reconocimiento social, lo que le permitía llevar una vida fácil; tenía lo necesario para salir adelante porque gozaba de todo aquello que puede desearse para que la vida tenga equilibrio y capacidad de proyectar el futuro. Y, sin embargo, el joven es sincero y, en un momento de verdad consigo mismo y con los demás, entiende y expresa que algo le falta.

Es ese vacío del corazón que, en estos meses de confrontación con la fragilidad, tanto de la persona como de la sociedad, tal y como la hemos ido construyendo, nos ha hecho sentir que algo falta en el cuidado de la persona, en el cuidado de la creación y en la valoración de la vida. Y el mundo, aparentemente bloqueado, paralizado por un virus que nada ni nadie ha podido todavía ni conocer ni dominar, ha sido capaz de llevar a la humanidad a un cuestionamiento en todos los campos del saber y del hacer y, más importante aún, del sentido profundo de la vida humana, del por qué y del para qué.

Lo que le faltaba al joven del Evangelio era un sentido de la vida en su doble vertiente, la encarnada y real, sobre la que pensaba que tenía el control necesario para dominarla y también la del más allá, la del para qué vivimos y hacia dónde vamos.

¿De qué pueden servir todas las cosas que podemos tener en esta vida si no sabemos lo que puede ser de ellas en el hoy y en el mañana más definitivo, es decir, en nuestra realidad cotidiana y más allá de la muerte?

⁴ Papa Francisco, *Fratelli Tutti*, n° 223.

⁵ Mt 19, 16-22; Mc 10, 17-22; Lc 18, 25-37.

Lo que parecía evidente es que, para este joven, lo más importante era lo que pudiera llevarse a ese mundo venidero, tenía un concepto mercantilista de la vida eterna. Pero le llegó la hora de la verdad en la persona de Jesús, quien le reveló dónde estaba su gran equivocación, equivocación e inseguridad que acompaña a los que creen que la salvación depende de sus “buenas obras”.

Actitud que nos puede acompañar también a nosotros. Pensar que nunca hemos hecho lo suficiente y con la calidad necesaria, cuando ese camino sólo puede llevar a un cumplimiento en el hacer pero sin alma, sin corazón, sin ese amor de obras y en verdad de que nos habla el evangelista Juan⁶, y sobre el que comenta Pedro Poveda:

Para amar de obra, como para amar en verdad, no se necesita hablar mucho. (...) Amor de Dios, por Dios y para Dios; por ser la criatura su imagen, porque Dios acepta como hecho a Él, todo lo bueno que con el prójimo hacemos.⁷

La sorpresa de la encrucijada

Este joven estaba equivocado en cuanto a su concepto sobre la vida en general y sobre la vida eterna y la forma de alcanzarla y, además, no entendía bien quién era Jesús. Por eso le espera una nueva sorpresa porque Jesús quiere aclararle algo esencial: *quién es Jesús y quién es él.*

De su actitud se puede deducir que tenía un concepto elevado de Jesús, como persona, como hombre de su tiempo; así ocurre también a mucha gente hoy, pero esto no es suficiente para saber verdaderamente quién es.

Por eso Jesús empezó por analizar la expresión y la forma en la que el joven usa el término “bueno”. Y la respuesta es directa, clara y muy verdadera: *Nadie es bueno, sino sólo Dios.*

Le da a entender que le falta una buena comprensión de su persona, de quién es y sobre todo de la importancia de una relación adecuada porque, sólo en función de eso, iba a poder entender la invitación que le va a hacer enseguida de dejarlo todo para seguirle. Porque, ¿qué autoridad reconocía en Jesús? ¿Lo veía como un maestro, un guía? ¿O lo reconocía como aquel que tiene palabras de vida eterna?

6 | Juan, 3, 18.

7 Pedro Poveda, *Obras I, Creí, por esto hablé*, 11 de marzo 1920 [173].

Muchas personas ven a Jesús como alguien especial, un sabio y un profeta, pero no reconocen en Él, el amigo, el compañero de camino, el que entrega su vida hasta el final y en quien Dios pone todas sus complacencias, Jesús, Resucitado y Señor.

Es un interrogante ante el que nos podemos sentir confrontados también nosotros a lo largo de toda nuestra vida, ¿quién es Jesús? y ¿qué significa en mi vida? Porque de mi respuesta vital a esta pregunta, de cómo lo percibo, lo reconozco y me relaciono con Él, se deduce la manera como lo anuncio, lo comparto y lo doy a conocer a las personas con las que me voy encontrando en el camino de la vida.

La segunda aclaración le concierne directamente al joven rico, y a la mirada que tiene sobre él mismo, y en eso también Jesús le hace ver que estaba equivocado. Es la pregunta clave sobre la propia identidad. La pregunta de filósofos y teólogos, humanistas y buscadores de sentido, la pregunta de todos los tiempos y de todas las etapas de la vida. ¿Quién soy yo? ¿Cuál es la identidad profunda de la persona humana?

En el relato del evangelio vemos que, en el fondo, el joven se creía bueno y pensaba que estaba a la altura de lo que Dios le pedía, estaba en regla, cumplía la ley, por eso el Señor tuvo que recurrir a la ley para que actuara como un espejo en el que se pudiera mirar, interrogar y cuestionar. Pero la bondad para Dios es otra cosa. Encuentra su sentido más profundo en Dios y en el corazón del ser humano que se deja tocar por el sufrimiento de los demás, del que anhela y necesita una mirada de misericordia.

Por eso le recuerda los mandamientos, porque quizá ha olvidado que tratan principalmente de la manera como miramos y nos relacionamos con nuestros semejantes. Y es significativo que le subraya precisamente estos, y no los relativos a Dios. Jesús hace una interpretación de la ley que el joven no se espera, y lo hace de una manera nueva. Le abre la mirada hacia los demás, le invita a mirar hacia fuera, hacia las periferias, como diría el papa Francisco, porque es quizá la única manera de ayudarlo a descentrarse y a salir de él mismo, a reconocer la raíz de su propia identidad: porque si no ama a su prójimo a quien veía, difícilmente podrá amar a Dios a quien no veía (1 Jn 4, 20).

Rápidamente el joven reacciona y expresa cómo se veía a sí mismo. Creía que guardaba perfectamente la ley de Dios, porque lo había estado haciendo desde que era joven: *todo esto lo he guardado desde mi juventud*. Pero la duda es grande y la insatisfacción también y reconoce que algo le falta, algo que sólo no llegaba a poder comprender. No estaba liberado ni de sus riquezas, ni de sus ideas, ni de sus seguridades, estaba apegado a ellas.

Cuántas veces escuchamos a nuestro alrededor, y lo experimentamos en nosotros mismos, lo difícil que es salir de nuestras propias seguridades, las personales y las que se ha creado la sociedad en el campo político, socioeconómico, tecnológico. Seguridades que se apoyan en un cierto estilo de poder y de dominio. Pero Jesús le invita y nos invita a tomar otra dirección, la de la búsqueda humilde del que no sabe todo, ni controla todo, del que arriesga relaciones que interpelan, cambios que no controla, caminos abiertos y solidarios que nos acercan a mundos diferentes y distintos del que nos imaginamos.

La pregunta está planteada, y la mirada de Jesús le propone salir de un círculo que le estaba limitando, cerrando el futuro, y le invita a ir más lejos. Le propone el camino de la libertad interior, ya que vivía la libertad en el marco de su propio yo. Es un engaño frecuente confundir la libertad interior con mantener el mayor número de posibilidades, de seguridades o de certezas. La aventura de la libertad interior exige un proceso, paciencia, perseverancia y fidelidad en el día a día.

Nos iniciamos en la verdadera libertad cuando Alguien interviene en nuestra vida, Alguien que nos llama a la aventura de seguirle, porque su palabra libera y nos abre a un proyecto nuevo, a una manera diferente de ver la vida. Es querer aprender de Él y con Él, a vivir la libertad, el desprendimiento, la capacidad de compartir.

Jesús, mirándole, le amó

Para sacarle de esta nueva encrucijada Jesús eligió otro camino, quizá el que menos se esperaba, el del amor, la confianza, la acogida sin condiciones. *Entonces Jesús, mirándole, le amó.*

Le hace ver que sólo desde un amor que tiene sus raíces en Aquel que nos amó primero, solo desde ahí, tanto el joven como cualquiera de nosotros, somos capaces de acoger lo que enseguida le iba a proponer. Jesús siente compasión de ese joven en el que se podía ver una extraña mezcla de fervor y de ignorancia, de determinación y de deseo de la verdadera libertad, de encerramiento en él mismo y de sueño de una vida diferente, distinta, abierta a la novedad y al cambio.

Cuántas veces Jesús nos ha mirado así y sigue haciéndolo, esperando de nosotros y de la humanidad nuevas respuestas, sobre todo en estos momentos de fragilidad, de duda, de incertidumbre. Ojalá sepamos acoger una mirada que puede abrirnos a la verdadera libertad, al verdadero servicio a los demás, al verdadero cuidado por la creación, al verdadero y único amor. Ojalá sepamos entender que detrás de esa mirada hay un amor que sobrepasa todo lo que podemos imaginar, una presencia que nunca deja de salir a nuestro encuentro y que nos abre a una vida de plenitud para ser a su imagen personas humanas y divinas.

Una cosa te falta: anda, vende todo, y sígueme. Podemos pensar que Jesús no vio tan mal al joven, porque sólo le dijo que le “faltaba una cosa”, como puede pasarnos a nosotros, pero no era esta la cuestión.

Para Jesús, al joven le faltaba la única cosa necesaria, el verdadero momento de la verdad, la encrucijada más importante de su vida y de la nuestra: acogerle como Palabra de vida, reconocer que solo en Él podemos poner nuestra esperanza y permanecer en una amistad que nos abre a un amor infinito y eterno. La vida eterna tiene un rostro, el de Quien sabemos nos ama incondicionalmente y para siempre.

Sólo desde esa experiencia podría entender, tanto el joven como nosotros, cómo saber amar al prójimo, al cercano, al diferente, pobre o rico, sabio o ignorante, porque la mirada de Jesús invita a poner a todas las personas en situación de igualdad: el ser personas creadas y recreadas por Amor, libres de todas las ataduras del pecado, llamadas a amar y a seguir siendo amadas.

Quizá, cuando el joven rico se acercó a Jesús, estaba esperando el consejo de un maestro, alguien que le diera su aprobación diciéndole que estaba en el camino correcto y que no se debía preocupar en exceso.

Pero lejos de recibir un consejo, lo que Jesús le compartió fue su propia experiencia: “toma tu cruz y sígueme”. Acoge tu vida, ámala, dale sentido, aprende a desear profundamente el bien, el bien común y tu propio bien, el que te lleva a la plenitud de la vida, porque si haces eso estás ya en el camino de desear caminar conmigo, seguirme y llegar hasta donde el amor te lleve.

Lo que el joven hizo después, no lo sabemos con certeza. Pero lo que nosotros podemos hacer de esta mirada de Jesús, de su invitación y de su llamada, es nuestra propia encrucijada.

Frente a las situaciones complejas a las que se sienten confrontadas tantas personas, la sabiduría de la bondad nos invita a no juzgar, a no condenar.

No caigamos en la indiferencia que humilla, que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad. Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Que nuestras manos estrechen sus manos, para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia.⁸

Como creyentes animados por una vocación, y llamados a ser firmes y suaves, creemos que hay una tierra nueva para toda la humanidad en la que cada persona tiene un lugar, y su vida un sentido y una misión. Siempre hay caminos nuevos para la esperanza, para mantener la ilusión y la fe, para construir la justicia y la paz, para proclamar la bondad de Dios.

Que esta primera reflexión sobre la bondad de Dios, que es el único verdaderamente bueno, nos acompañe este año, como una invitación a reconocer la fuente de nuestro amor y el estilo de firmeza y suavidad con el que queremos llevar consuelo y esperanza a nuestro mundo.

⁸ Papa Francisco, *El rostro de la misericordia*, n° 15.

II. Discernir en tiempos de incertidumbre

Don y tarea

El arte del discernimiento es una invitación a permanecer atentos a las situaciones concretas, a la ambivalencia de los sentimientos, al deseo de innovación para abrir caminos nuevos y, sobre todo, al deseo de entrar en una dinámica de vida que nos lleve a hacer por amor lo que hemos aprendido a hacer por deber. Y esos caminos nuevos se construyen y se preparan, se buscan y se proponen, se abren y se recorren.

El discernimiento es algo especialmente necesario y urgente en nuestros contextos culturales y eclesiales. *¿Cómo saber si algo viene del Espíritu? La única forma es el discernimiento, que no supone solamente una buena capacidad de razonar, o un sentido común, es también un don que hay que pedir.*⁹

El Salmo 25 nos recuerda que un buen discernimiento no nos llega de algo exterior o lejano, es Dios mismo el que se sitúa a nuestro lado, en nuestro quehacer cotidiano, para encaminarnos y orientarnos, y para adquirir con Él, una cierta sabiduría del discernir, del elegir, del optar.

Indícame Señor tus caminos, enséñame tus sendas, encamíname con tu fidelidad, pues tú eres mi Dios y mi salvador. En ti espero todo el día, reza el Salmo 25.

En la Asamblea de todas las Asociaciones 2018, vivimos un proceso de construcción colectiva en clave de discernimiento comunitario. La oración de Pedro Poveda: *Que yo piense lo que tú quieres que piense, que yo quiera lo que tú quieres que quiera, que yo hable lo que tú quieres que hable, que yo obre como tú quieres que obre*, guio nuestro trabajo en esos días. Y nos ayudó a reflexionar, dialogar y tomar acuerdos, sintiéndonos al servicio de la comunión, abriéndonos a la realidad de los diferentes contextos mundiales, cuyos desafíos son una llamada permanente a vivir en fidelidad la vocación-misión que nos convoca.

⁹ Papa Francisco, *Gaudete et exultate*, n° 166.

El discernimiento es una actitud que acompaña toda vida humana que intenta ser fiel a Dios y busca crear un mundo más humano para todos. El acento propio de estos momentos de incertidumbre en el que nos encontramos es, precisamente, sentir la urgencia y la necesidad del discernimiento para no caer en posturas radicales, ni legalistas, ni impositivas, y aceptar que el arte de discernir atraviesa todas las encrucijadas personales y comunitarias en las que discurren nuestras vidas, tan necesitadas de la luz de Dios.

El discernimiento no es solo un método para momentos concretos, como nos recuerda el papa Francisco en la misma exhortación citada anteriormente, *sino una manera de ser y de existir en el marco de los cambios que experimentamos constantemente en este mundo que Dios ama.*

Es una dimensión de la vida cristiana que siempre tiene que estar activa, aunque en momentos de crisis personal, institucional o social, cobra una importancia decisiva. Es una invitación constante a acercarnos a la profundidad del corazón, allí donde se esconden mecanismos misteriosos que nos vuelven ciegos para ver y torpes para actuar.

Si estamos atentos y disponibles a Dios, a su palabra, nos dejaremos conducir por su Espíritu y aprenderemos a ir tomando pequeñas decisiones cotidianas con suavidad y armonía.

En esta manera de entender el discernimiento lo más importante es llegar a entender por dónde se manifiesta la vida nueva que viene de Dios, vida nueva que rehace personas, familias, grupos y comunidades, y que nos abren al futuro.

El discernimiento debe ayudar a encontrar los posibles caminos de respuesta a Dios y de crecimiento en medio de los límites. Por creer que todo es blanco o negro a veces cerramos el camino de la gracia y del crecimiento, nos desalentamos y podemos desalentar a otros.

Recordemos que un pequeño paso, en medio de grandes límites humanos, puede ser más agradable a Dios que la vida exteriormente correcta de quien transcurre sus días sin enfrentar importantes dificultades.¹⁰

10 Papa Francisco *Amoris Laetitia*, n° 305.

La novedad que Dios nos propone tiene siempre algo de imprevisible, y pasa por lo pequeño y lo sencillo. Es don y tarea.

El mismo Jesús, rostro de Dios encarnado en la historia, ha tenido que buscar la manera de encarnar su propia vida y, para ello, ha tenido que encontrar palabras, gestos, imágenes, parábolas, que han llegado a ser comprensibles para tantos pueblos y culturas de todos los tiempos. Como decía Karl Rahner: *Señor, tú siempre estás viniendo*.¹¹

El discernimiento nos invita a estar en el cruce de caminos de la humanidad, para encontrar las palabras, los gestos y las acciones adecuadas para abrir esos caminos a la novedad de Dios.

Lucidez y novedad del Espíritu

Esta mañana sentí una enorme tranquilidad en mí. Después de días de mucha e intensa vida interior, surgió una especie de bienestar y veo la vida de una forma más suave y amable. Estar reconciliada con la vida. Una vida que es grande y buena, fascinante y eterna. Cuando se pone demasiado énfasis en uno mismo y se agita y se irrita, entonces se escapa ese gran y poderoso flujo que es la vida. Etty Hillesum, Diario 1941.

Una intensa vida interior nos hace reconciliarnos con la vida. Y para eso hay que dejar que el Espíritu trabaje en nosotros, y nos traiga lucidez y novedad. Este es el arte del discernimiento.

Nuestra rutina y la forma en la que vivimos nuestra vida están directamente condicionadas por cada pequeña toma de decisiones. Y a veces podemos banalizar la capacidad y el impacto de nuestras elecciones por ser pequeñas.

En estos tiempos de incertidumbre, ¿somos conscientes de que hay decisiones y orientaciones que sí podemos tomar? ¿Cómo nos posicionamos ante nuestra capacidad de poder influir humildemente sobre el destino de la humanidad, y de manera más cercana, sobre las personas con las que caminamos en el día a día? ¿Discernimos suficientemente las consecuencias de nuestras elecciones, las más sencillas como las más importantes?

11 K. Rahner, *Dios amor que desciende. Escritos espirituales*. Santander 2008.

Vivimos una etapa histórica que ha puesto en evidencia la fragilidad de nuestras sociedades hiperconectadas, de la economía mundializada, de unos sistemas de salud no inclusivos, de la idolatría del poder adquisitivo y, al mismo tiempo, hemos comprendido la importancia de las actitudes y necesidades vitales que humanizan la persona, los grupos y la sociedad, como es el protegernos, cuidarnos, formar y educar, sanar y socializar, etc. Dicho de otra manera, hemos tomado conciencia de sabernos responsables y corresponsables de la propia vida y de la vida de los demás.

Anhelo -dice el papa Francisco en la encíclica Fratelli Tutti- que en esta época que nos toca vivir, reconociendo la dignidad de cada persona humana, podamos hacer renacer entre todos un deseo mundial de hermandad. Entre todos: He ahí un hermoso secreto para soñar y hacer de nuestra vida una hermosa aventura. Nadie puede pelear la vida aisladamente. [...] Se necesita una comunidad que nos sostenga, que nos ayude y en la que nos ayudemos unos a otros a mirar hacia adelante. ¡Qué importante es soñar juntos! [...] Solos, se corre el riesgo de tener espejismos, en los que ves lo que no hay; los sueños se construyen juntos. Soñemos como una única humanidad, como caminantes de la misma realidad humana, como hijos de esta misma tierra que nos cobija a todos, cada uno con la riqueza de su fe o de sus convicciones, cada uno con su propia voz, todos hermanos.¹²

Todo esto nos pide discernimiento para apoyar iniciativas de personas y grupos que buscan y proponen formas alternativas para favorecer los cambios estructurales que necesitan nuestras sociedades, y para luchar contra las injusticias que se han acentuado a causa de la pandemia, hacia las generaciones más vulnerables, hacia las clases sociales más fragilizadas, especialmente hacia los emigrantes y refugiados.

No podemos hacerlo todo, pero podemos discernir con ayuda del Espíritu dónde poner las energías, personales y colectivas, para actuar, consolar, apoyar.

¹² Papa Francisco, Encíclica *Fratelli tutti*, n° 8.

Discernir al estilo de Jesús

En el Evangelio constatamos cómo Jesús vive en continuo proceso de discernimiento. Hay relatos en los evangelios que, a dos mil años de distancia, nos sorprenden y nos provocan, porque son capaces de hacernos observar la realidad desde una perspectiva inesperada.

Las parábolas son relatos sobre hombres y mujeres como nosotros que encuentran en Jesús a un narrador de excepción. El recuerdo que dejan echa por tierra los prejuicios y la concepción tradicional de justicia, y nos ayudan a entender cómo mira Jesús la vida cotidiana.

La parábola del fariseo y el publicano¹³ suele despertar un rechazo grande hacia el fariseo, que se presenta ante Dios arrogante y seguro de sí mismo, y una simpatía espontánea hacia el publicano que reconoce humildemente su pecado. Incluso el relato puede despertar en nosotros este sentimiento: *Te doy gracias, Dios mío, porque no soy como este fariseo.*

Para escuchar correctamente el mensaje de la parábola, hemos de tener en cuenta que Jesús no la cuenta para criticar a los sectores fariseos, sino para sacudir la conciencia de *algunos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás.* Entre estos nos encontramos, posiblemente, también nosotros.

La oración del fariseo nos revela su actitud interior: *¡Oh, Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás.* Se siente justo ante Dios y, precisamente por eso, se convierte en juez que desprecia y condena a los que no son como él. Está de pie, centrado en él, seguro de sí. Su monólogo expresa no sólo lejanía de los demás, sino también de Dios. Lo que Jesús desapruaba del fariseo no es el cumplimiento de las buenas obras, sino el hecho de que no espera nada de Dios. Se basta a sí mismo.

El publicano, por el contrario, solo acierta a decir: *¡Oh, Dios! Ten compasión de este pecador.* Reconoce humildemente su pecado. No se puede gloriarse de su vida. Se abandona a la compasión de Dios. No se compara con nadie. No juzga a los demás. Vive en verdad ante sí mismo y ante Dios. Sube al templo con la conciencia de que es un pecador que necesita el perdón y la misericordia de Dios.

¹³ Lucas 18, 9-14.

Jesús, a través de la figura del publicano, nos invita a la humildad y a la verdad sobre nosotros mismos y sobre los demás, y a confiar en la fuerza de su misericordia que puede curar y transformar nuestra fragilidad. El publicano se ha fiado de Dios, se ha abandonado a Él, sin necesidad de buscar comparaciones ni hacer enjuiciamientos sobre los demás.

Cuando observamos la realidad que nos rodea, la confusión de estos tiempos de incertidumbre, ¿cómo observamos a las personas?, ¿cómo discernimos, actuamos y acompañamos personas, proyectos, actividades para que sean expresiones de la libertad y la verdad a la que Jesús nos invita? ¿Nos preguntamos, *quién soy yo para juzgar*, para ayudarnos a afinar nuestro discernimiento?

El sentarse a escuchar a otro, característico de un encuentro humano, es un paradigma de actitud receptiva, de quien supera el narcisismo y recibe al otro, le presta atención, lo acoge en el propio círculo.¹⁴

La manera como Jesús mira y acoge a cada persona es toda una pedagogía de la escucha. No retiene, no obliga, no impone una conversación inútil, prefiere observar, atreverse a hablar en verdad, a cuestionar, a interrogar, pero siempre desde el respeto, la ternura y la bondad. Es lo que hace en el camino de Emaús, cuando ayuda a los discípulos a releer los acontecimientos, a encontrar en las escrituras un sentido, a engendrarlos a la vida.

Discernir al estilo de Jesús es humanizar la vida, fraternizar las relaciones, observar la realidad con entrañas de misericordia y actuar con humildad, responsabilidad, verdad y libertad.

¹⁴ Papa Francisco, *Fratelli tutti*, n° 48.

III. Los tiempos presentes reclaman bondad y mansedumbre

La bondad como estilo de vida

Las llamadas de Pedro Poveda a la tolerancia, al diálogo, al respeto del otro aparecen desde los primeros consejos que escribió para las profesoras de las Academias en 1912. El espíritu de transigencia debe ser algo inherente a la convivencia y a la relación cotidiana con las personas. *Rodearse de una intempestiva intransigencia valdría tanto como alejar de nosotros a ese mundo que deseamos convertir a Dios*¹⁵. El secreto está en el respeto, en la capacidad de hablar en verdad con palabras que sanen, curen, liberen, palabras capaces de crear un clima de confianza y no de imposición, porque *Querer que todos sean como nosotros queremos, sin dejar de ser nosotros como somos*¹⁶, es lo contrario a ese espíritu atrayente y tolerante de la “sabiduría conciliadora” que inspiraba el diálogo de Pedro Poveda con la cultura de su tiempo, sabiduría con la que fue capaz de entenderse con todos sin claudicar ante nada y ante nadie.

La tolerancia aparece en los escritos de Pedro Poveda como exigencia para él mismo y para los demás, desde 1911 hasta 1936. Y culmina en sus reflexiones sobre la mansedumbre, en donde valora la actitud de comprensión, en vísperas de los difíciles años de la guerra civil en España.

El espíritu de diálogo y de transigencia en Pedro Poveda es una llamada al equilibrio, a la mirada valorativa del otro, una manera de ser y de entrar en comunicación con el otro que provoca bondad, amistad, acercamiento, aun siendo conscientes de una diversidad que desde el respeto siempre puede ser fuente de diálogo y de acogida mutua.

*¿Te sorprende la contradicción?, pues atiende y quedarás convencida de que no existe (...) Blandas, dulces, compasivas, tiernas cariñosas, transigentes, benignas, amables, para con todos; pero fuertes, duras, rigurosas, inquebrantables, para consigo mismas (...) ¿Cómo lograr ambas cosas?, Te daré un medio eficacísimo: el fuego divino del amor de Dios.*¹⁷

15 Pedro Poveda, *Obras I, Creí por eso hablé*, “Espíritu atrayente y tolerante”, 1912, [65].

16 *Idem*, “Dejad que sea cada cual según es”, 1917, [94].

17 *Idem*, “Caracteres espirituales 1”, 1916 [81].

La firmeza en las propias convicciones, unida a la tolerancia hacia los demás, es el modo de ser y de hacer de Pedro Poveda hasta los últimos momentos de su vida. Y es interesante ver su deseo de contrarrestar los tópicos sobre la mujer de principios del siglo XX, que la consideraban *piadosa sin hondura, carente de personalidad, afectada y fácilmente manejable*, en palabras de María Dolores Gómez Molleda.¹⁸

Lo que Pedro Poveda quería ofrecer como estilo de vida, a través de sus colaboradores era, y lo es también hoy para nosotros, una manera de ser amable, bondadosa, y al mismo tiempo recia, marcada por la naturalidad, la ecuanimidad, la laboriosidad bien entendida, y con una fisonomía clara y definida: llevando a Dios dentro de sí, para pensar, sentir, querer, hablar, obrar y dejar de obrar, según sus inspiraciones.¹⁹

*Es cierto que tal modo de ser no llama la atención; que nuestra blandura se tomará en ocasiones por debilidad, temor, deseo de agradar y hasta como medio para ser queridos, admirados; que nuestro rigor para con nosotros mismos podrá ser interpretado en sentido desfavorable también; que el prodigarse bondadosamente y el sufrir en silencio son cosas que pasan ignoradas para las gentes; pero ¡cuán verdadera es la virtud que así obra y se oculta!*²⁰

¿Cómo adquirir el espíritu que se traduce en tal fisonomía? La clave de tal discernimiento es la oración: *Para saber lo que Dios quiere de nosotros hay que orar; para ser como Él quiere que seamos, hemos de orar, y para triunfar de nuestros enemigos, necesitamos igualmente de la oración.*²¹

Los tiempos presentes, tiempos de incertidumbre, nos invitan especialmente a ir al fondo de nuestro ser, y a la raíz de nuestra acción, y de alguna manera pueden recordarnos los tiempos de Ety Hillesum. Su experiencia es una experiencia de libertad interior; libertad interior que va descubriendo, acariciando, asumiendo: es desear ser la persona que se sentía llamada a ser.

18 *Idem*, nota de la edición, [81].

19 *Idem*, “Espíritu atrayente y tolerante”, 1912, [65].

20 *Idem*, “Caracteres espirituales 1”, 1916, [81].

21 *Idem*, “Espíritu atrayente y tolerante”, 1912, [65] N° 30.

Y aunque en un primer momento se sentía alejada de Dios, frágil, insatisfecha, al mirar en lo más hondo de ella misma se siente llamada a “desenterrar a Dios” y a hacerlo desde una mirada bondadosa hacia todos y muy especialmente hacia ella misma. Descubrir a Dios le hace tomar conciencia de la persona que es, pero de una manera diferente, y aunque las circunstancias la limitan cada vez más, viendo todo lo que sucede, Etty se descubre cada vez más libre.

Por la mañana, antes de empezar a trabajar “debo meterme en mi interior”, escuchar lo que hay dentro de mí. Sumergirme dentro de mí misma. También se le puede llamar meditar. Esa palabra me provoca todavía algo de horror. Pero ¿por qué no? Estar una media hora sola conmigo misma. Sin embargo, no es tan fácil lograr esa “hora tranquila”. Hay que aprender a hacerlo. Que crezca algo de “Dios” dentro de uno mismo, tal como hay algo de “Dios” en la Novena Sinfonía de Beethoven. Que también surja algo de “amor” por dentro, un amor con el que poder influir en las pequeñas acciones cotidianas”²².

Con mansedumbre se hace todo lo bueno

¿Por qué hablar de la mansedumbre?, se pregunta Pedro Poveda en 1935, y la reflexión compartida con sus colaboradores dará lugar a una serie de artículos, de documentos, y por lo tanto de respuestas. *Porque estimo que los tiempos presentes reclaman de un modo especial el ejercicio de esta virtud*²³, se responde.

En la peregrinación a Covadonga del año pasado, expresamos la necesidad de avanzar con fidelidad y creatividad ante la incertidumbre y la amenaza que viven tantas personas a causa de la pandemia. Fidelidad y creatividad para poder responder a muchas otras preguntas que siguen resonando alrededor nuestro y seguramente en nosotros mismos: ¿Por qué esta pandemia? ¿Por qué ahora? ¿Hasta cuándo?

Como creyentes, queremos compartir con nuestros contemporáneos la convicción de que esta aparente ausencia de sentido no es un tiempo de indiferencia de Dios, sino que es tiempo de gestación de algo nuevo que está creciendo en el silencio y en la discreción de Dios. Un tiempo que nos apremia más que nunca a ser caminantes y peregrinos para escuchar y acoger

²² Etty Hillesum, *Diarios*, 1941.

²³ Pedro Poveda, *Obra citada*, “Consideraciones sobre la mansedumbre”, 1935, [466].

interrogantes y búsquedas, para ayudar a leer la presencia del Dios encarnado en la historia y, porque contagiados del nerviosismo actual, necesitamos mirar a Jesús y acoger su invitación: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.*²⁴

Pedro Poveda, en momentos fuertes con grandes convulsiones sociales, insistirá:

*Formad un propósito firme de adquirir la mansedumbre. Que se pueda decir en contacto con vosotros: ¡Qué paz! ¡Qué suavidad! ¡Qué dulzura se siente! Porque siendo así, sabréis educar, sabréis cumplir vuestra misión.*²⁵

Cuando el Papa Francisco quiere introducir un lenguaje distinto, una mirada nueva a la Alegría del amor en sus diferentes perspectivas, para poder acompañar, discernir e integrar la fragilidad, recuerda la lógica de la misericordia pastoral, reflejada en la mirada compasiva de Jesús, y dice así:

*La misericordia nos otorga un marco y un clima que nos impide desarrollar una fría moral de escritorio al hablar sobre los temas más delicados, y nos sitúa más bien en el contexto de un discernimiento pastoral cargado de amor misericordioso que siempre se inclina a comprender, a perdonar, a acompañar, a esperar, y sobre todo a integrar. Esa es la lógica que debe predominar en la Iglesia, para realizar la experiencia de abrir el corazón a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales.*²⁶

Solo desde estas actitudes podremos ser hoy creíbles para nuestros contemporáneos. La misericordia es la opción de Dios para cada ser humano que nos invita a una vida en abundancia, a optar para que recibamos y compartamos vida, la que viene de Él y la que desea que logremos a través de nuestras propias opciones, libres y responsables.

Incluso cuando creemos habernos equivocado, cuando el fracaso nos amenaza Dios continúa ofreciendo su amor y su misericordia. Y ese camino largo y sinuoso para cada persona, como para nosotros mismos, lo podremos llevar a cabo desde la mansedumbre. Ninguna vida puede ni resumirse ni paralizarse por una experiencia de fracaso. Quizá podamos transformar los ¿por qué? en ¿para hacer qué? Podemos aprender de nuestros fracasos y podemos acompañar a otros, si entendemos que pueden ayudarnos a crecer en esa

24 Mt, 11-29.

25 *Idem.*, "Consideraciones sobre la mansedumbre", 1935, [468].

26 Papa Francisco, *Amoris Laetitia*, n° 312.

capacidad interior de reconocer que para Dios, el fracaso como el pecado, no tienen la última palabra. La última palabra la tiene el amor incondicional y misericordioso de Dios.

En Dios, el futuro siempre se renueva, porque se hace cercano y solidario en la travesía, a veces dolorosa, de nuestras vidas y de los que caminan con nosotros. Estamos invitados a acompañar con misericordia y paciencia las etapas posibles y frágiles del crecimiento de las personas, que se van construyendo día a día. Jesús siempre quiere y alienta comunidades disponibles y atentas al bien que el Espíritu derrama en medio de la fragilidad.

El Evangelio nos reclama que no juzguemos ni condenemos (cf. Mt 7,1; Lc 6,37) porque Jesús nos invita a la fuerza de la ternura, a una capacidad sin medida de perdón y de misericordia.

Con dulzura se educa, con dulzura se enseña, con dulzura se invita a la virtud, (...) con dulzura se evitan muchos pecados, con dulzura se gobierna bien, con dulzura se hace todo lo bueno.(...)

No hay que hacerse ilusiones, la mansedumbre, la afabilidad, la dulzura son las virtudes que conquistan el mundo. (...) ¿Que es muy difícil? Os diré que es cierto, pero que nada es imposible con la gracia de Dios y la cooperación nuestra.²⁷

Firmes y suaves, la sabiduría de la bondad activa

Al firmar en Asís su tercera encíclica, *Frattelli tutti*, el papa Francisco quiere reconocer su inspiración en Francisco de Asís. Nos invita a soñar juntos, a hacer frente a las sombras y a los conflictos que hay en el mundo. Observa una humanidad cada vez más dividida, una sociedad de hombres y mujeres cada vez más solos, en donde los débiles se excluyen, en donde surgen nuevas expresiones de esclavitud, en donde se olvida la dignidad de cada persona.

Desde la imagen del buen samaritano nos señala que hay caminos para la esperanza y que, aunque el herido tirado en el camino es ignorado por muchos, hay uno que se detuvo y le regaló cercanía y que, ante tantas heridas abiertas en el mundo de hoy, podemos detenernos y no pasar de largo, elegir hacernos cercanos, prójimos, aprender a cuidarnos unos a otros, a entregarnos sinceramente a los demás con un corazón compasivo y abierto al mundo entero.

²⁷ *Obra citada*, "Consideraciones sobre la mansedumbre", 1935, [470].

Maite Uribe

Y sueña con una fraternidad universal capaz de ejercer con dignidad la responsabilidad política que globalice los derechos humanos más básicos, que afronte los problemas del mundo de hoy y renueve las estructuras y las organizaciones. Que busque la amistad social, cure las heridas del desencuentro y restablezca la paz.

Sueña y desea que las religiones puedan ponerse al servicio de la fraternidad y puedan establecer amistad, compartir y dar paz, armonía, ternura y bondad.

Es la sabiduría de la bondad activa, la que queremos vivir y compartir a lo largo del año 2021, y para ello nos uniremos en una oración de súplica para exclamar:

Ayúdanos Señor, a escuchar los gritos de nuestro mundo y a ser mansos y humildes de corazón.

Maite Uribe Bilbao



it INSTITUCIÓN TERESIANA